

# EDITORIAL

**YAMILE SOCOLOVSKY**

DIRECTORA DEL IEC-CONADU



Marcha de antorchas, 17 de mayo de 2018, Buenos Aires

FOTO: MALZARÁN

La celebración del Centenario de la Reforma Universitaria de Córdoba ha dejado paso a otras efemérides. Ya estamos recordando el decreto de Juan Domingo Perón que estableció, en 1949, la gratuidad de la enseñanza universitaria y los cincuenta años del Cordobazo. La demorada publicación de un segundo número especial de Política Universitaria dedicado al aniversario la gesta reformista viene a subrayar la continuidad de una narrativa en la que el movimiento popular inscribe su protagonismo y se configura, al mismo tiempo, como una identidad política siempre diferente e inquietante. Este solapamiento no premeditado permite, además, enfatizar la necesidad de provocar y profundizar los debates que el evento más promocionado del Centenario, la Conferencia Regional de Educación Superior (CRES), en su desenlace aún controvertido, sigue dejando pendientes. En un contexto de avance global de las fuerzas del mercado, mientras un cierre autoritario asedia las democracias, la universidad es también el territorio de una disputa que debe poder ser puesta en palabras para movilizar la inteligencia y la voluntad colectiva que asuma el bando de la igualdad y de los derechos contra la brutalidad de los privilegios.

En nuestro país, aquel Centenario estuvo signado por la movilización en defensa de la universidad pública, ante los efectos destructivos del programa de ajuste presupuestario del gobierno de la Alianza Cambiemos. Una lucha que durante 2018 adoptó sin vacilaciones, desde las más diversas identidades políticas, la reivindicación de la Reforma de Córdoba como antecedente y punto de partida de un proceso histórico en el que la determinación democrática parece medirse, una y otra vez, con la pretensión elitizante y excluyente que hoy se conjuga con la mercantilización de la educación y el conocimiento. Esa adscripción

supone –especialmente para la tradición nacional popular– un revisionismo histórico que, como hemos señalado en distintas oportunidades, ha sido posible precisamente porque el más reciente ciclo de transformaciones en el terreno de la educación superior y de la producción de conocimientos, que se desarrolló en nuestro país entre 2003 y 2015, fue comprendido como un proceso de reforma democrática. Y si el conjunto de políticas públicas que en aquella etapa ampliaron y fortalecieron el sistema universitario y científico tecnológico pudo haber sido, incluso para quienes reivindicamos sus resultados, incompleto y en algunos aspectos insatisfactorio, justamente ese incabamiento es un dato que permite ligarlo con momentos precedentes, particularmente con el movimiento del 18 y, luego, con la apertura promovida por el primer gobierno peronista. Ninguna de esas conquistas logró que la universidad fuera democrática y popular en un sentido incontestable, ni mucho menos definitivo, y sin embargo han sido determinantes en la constitución de la disputa, su escenario, sus actores. Y actrices. Porque, además, el propio concepto de una universidad democrática y popular no es inerte, se completa en el movimiento mismo que redefine al pueblo como identidad política que vive del conflicto que protagoniza y de las perturbaciones que su demanda instala en el orden establecido, contra su traza colonial, oligárquica, patriarcal. Hoy, la universidad pública no será democrática y popular si no es, al mismo tiempo, feminista.

Así lo dijimos en las conclusiones del Encuentro Latinoamericano por la Universidad Democrática y Popular, que en junio de 2018 nos reunió a los sindicatos docentes de la Internacional de la Educación para América Latina, al movimiento estudiantil, y a un número importante de redes y referentes institucionales y del campo académico, como corolario

**VIENE DE PÁGINA 1** de una serie de foros que, en distintas universidades de todo el país, procuraron amplificar una voz colectiva en el debate de la situación y perspectivas de la educación superior a diez años de la Conferencia de Cartagena, convertida ya en un hito en la construcción de la idea de la universidad como derecho. El acto multitudinario en el que esa consigna fue reafirmada como el principio a defender en la CRES 2018 precedió, junto con una masiva movilización callejera en protesta contra los recortes presupuestarios y el atraso salarial, a los actos oficiales que dieron inicio a un evento tensionado por una confrontación de proyectos y visiones sobre el rol de la universidad, que se saldó a favor de una perspectiva democrática en la Declaración final, permitiendo, como señala aquí Damián Del Valle, trazar una narración políticamente valiosa en la que nuestra región se afirma como portadora de una definición distintiva y discordante con la tendencia global liderada por las fuerzas del mercado.

Sin embargo, cuando se acaba de cerrar el accidentado debate del Plan de Acción de la CRES 2018, aquella disputa parece seguir quedando desdibujada tras la ambigüedad de los discursos y en medio de una diplomática guerra de posiciones en la que se dirime quién conduciría, en este ámbito, un proceso de “construcción de región” en el que, a falta de una estrategia clara, pública, políticamente soberana y efectiva, progresa la incidencia (la persistencia y la astucia) de los intereses mercantiles, que continúan permeando la lógica de desarrollo de los sistemas a través de su propia voluntad meritocrática y competitiva. Al mismo tiempo, es cada vez más evidente que, como bien señala aquí Daniela Perrotta,

la determinación política de los gobiernos resulta decisiva para viabilizar una regionalización de la educación superior y la producción de conocimientos que pueda sustraer de la esfera de la dominación neocolonial este factor estratégico para el desarrollo soberano de nuestros pueblos. Ciertamente, no contamos hoy con esa vocación gubernamental. En estas condiciones, necesitamos forjar una articulación política que trascienda la resistencia y se demuestre capaz de proyectar un desarrollo alternativo para la universidad latinoamericana, implicando a todos los colectivos que la constituyen: sus autoridades, sus trabajadores, sus estudiantes, y también las comunidades que tienen que poder reclamar y resguardar su propio derecho a la educación, al bienestar, a la cultura. Es urgente identificar el modo de operación del dispositivo mercantilizador; y es imprescindible construir esa voluntad regional. En ese marco, la CRES 2008 planteaba ya, en el proyecto de la conformación de un Espacio Latinoamericano y Caribeño de Educación Superior, una plataforma organizativa que hoy debería ser revalorizada y fortalecida con una representatividad que la dote de capacidad política efectiva. Pero también debería estar cada vez más claro que un movimiento en defensa de la universidad como derecho no puede prescindir, aquí, en el Sur y en cualquier lugar del mundo, del compromiso político con la lucha por rescatar a la democracia de su secuestro corporativo y autoritario. Esa es, sin dudas, una pelea que no sólo trasciende a la universidad, sino que más bien la coloca donde debe estar: junto al pueblo cuyo destino comparte. Pintada de pueblo, de todos sus colores, sus penas, sus esperanzas. Porque no habrá Reforma universitaria sin emancipación social.

### ¿Cuál es tu evaluación del Foro de CLACSO?

El foro nos puso ante la evidencia de que hay mucho interés en crear espacios donde el progresismo, la izquierda, los sectores que se movilizan contra las políticas neoliberales puedan reunirse a debatir, escuchar, confrontar y también acercarse a perspectivas nuevas sobre problemas que no son nuevos, pero que son muy urgentes y particularmente complejos de encarar desde una perspectiva progresista porque están en la agenda pública.

Los temas que se abordaron son los desafíos que un gobierno progresista tiene que enfrentar, en el contexto en que debería enfrentarlos si tuviéramos la oportunidad de regresar (o de mantenernos en el poder, donde estamos). Frente a todos estos interrogantes, hay muy pocas preguntas convincentes dentro del campo de la izquierda. Se dice que la gente está desmovilizada, que hay poco interés, que no hay capacidad de articulación política o de movilización social, particularmente en los jóvenes, y que la derecha se aprovecha de eso, pero lo que el foro mostró es que hay interés y capacidad de movilizarse para escuchar y debatir. En ese sentido, es muy esperanzador porque refuerza la idea de que lo que está faltando en el campo del progresismo y de la izquierda en América Latina y en el mundo son grandes foros públicos de movilización alrededor de debates y de cuestiones sobre las cuales, si no se tienen respuestas, la mejor alternativa es generar espacios de deliberación. También demostró que lo que produce la movilización de la militancia es una cierta mística de sentimientos de solidaridad, de participar de un mismo espacio, que es lo que se vio particularmente en Ferro pero después se dio en todas las actividades.

Eso nos conecta con un tema que la izquierda no sabe administrar bien, en general, y es que se confunde el ejercicio de la reflexión con un ejercicio alejado del sentimiento: o sea, cuanto más reflexivos somos más críticos somos. En el pensamiento crítico, a veces la criticidad se confunde con la *cripitudad*. Y hay un elemento que es muy importante, que es un nivel de identificación, de reconocimiento, de simpatía, de ganas de estar al lado, que

# “CREAR ESPACIOS DE RECONOCIMIENTO ES LA CLAVE DE LA LUCHA POLÍTICA ACTUAL”

## ENTREVISTA A PABLO GENTILI

EL PASADO DICIEMBRE, MIENTRAS TRANSITABA LOS ÚLTIMOS DÍAS COMO SECRETARIO EJECUTIVO DEL CONSEJO LATINOAMERICANO DE CIENCIAS SOCIALES (CLACSO) –ACTUALMENTE A CARGO DE KARINA BATTHYÁNY– PABLO GENTILI, DOCTOR EN EDUCACIÓN POR LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES Y PROFESOR EN LA UNIVERSIDAD DEL ESTADO DE RIO DE JANEIRO, HABLÓ CON POLÍTICA UNIVERSITARIA SOBRE LA ACTUAL SITUACIÓN EN AMÉRICA LATINA, EL AVANCE DE LA DERECHA Y LOS DESAFÍOS PARA EL CAMPO POPULAR.

tiene que ver con la sensibilidad. La izquierda en general tiene una incapacidad muy grande para administrar temas que tienen que ver con la sensibilidad, con la subjetividad, con los afectos.

**El pensamiento crítico está muy asociado también con el pesimismo.**

Si, con el pesimismo o con la inteligencia reflexiva, sofisticada. Y yo creo que se abordaron temas desde una perspectiva muy profunda y crítica, pero en un contexto en el que el entorno, la dimensión performática del evento, hacía

a la reflexión también. Eso te conecta de una forma diferente con la gente, que aunque estuviera como espectadora, era parte de ese acto cultural que estaba ocurriendo. Esto ha pasado en otros momentos también, como en el Foro Social Mundial o lo que eran en Brasil las conferencias temáticas que empezaron durante el gobierno de Lula. Eran momentos excepcionales porque eran grandes espectáculos. No quiero decir esto desde el punto de vista despectivo, como a veces lo ve el progresismo, con una idea de que si algo es divertido es idiota, superficial,

o trivial. En ese punto la academia no sabe relacionarse muy bien con la gente porque uno no se conecta por la sofisticación de la inteligencia. Ese es un principio cartesiano totalmente dogmático y bastante poco eficaz. Lo que primero te conecta con la gente es un sentimiento.

Eso la derecha lo aprendió. Se dio cuenta, mucho antes que nosotros, que lo primero que hace que el otro te preste atención es que sienta una empatía, que lo escuchas, que sos parte de la solución de sus problemas. La derecha lo hace con una agenda reaccionaria. Entonces,